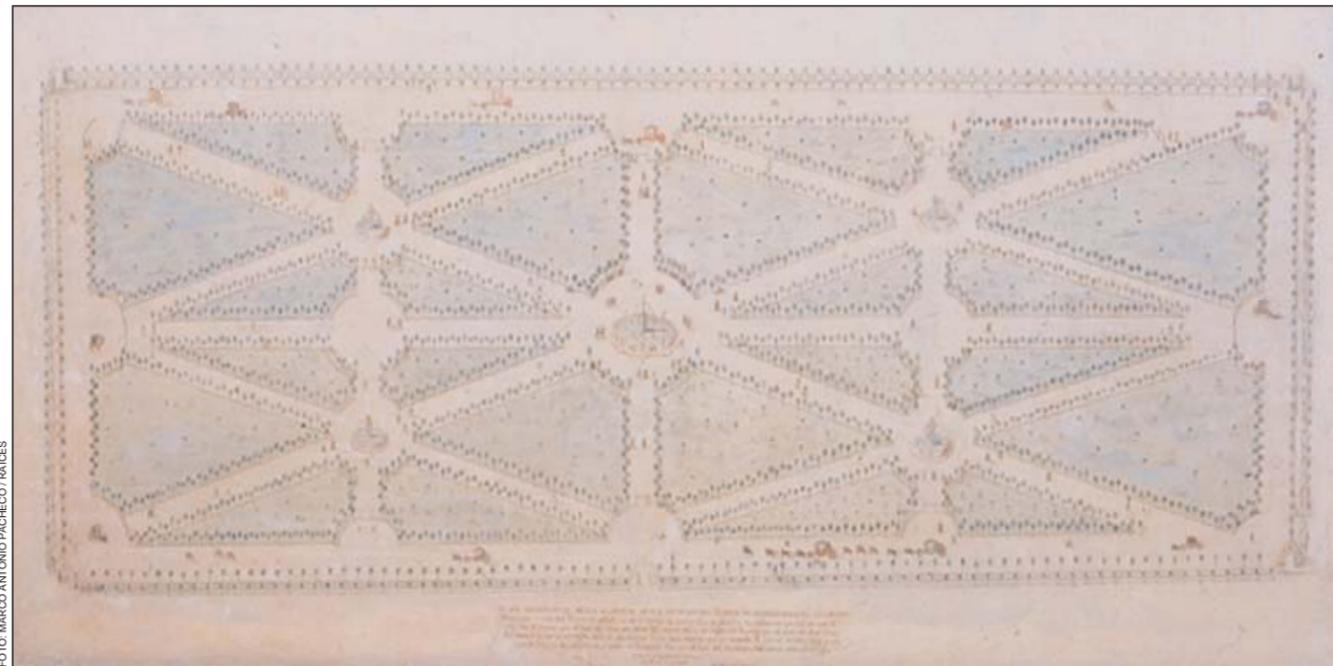


LOS JARDINES DE CHAPULTEPEC Y SUS REFLEJOS NOVOHISPANOS

VÍCTOR MANUEL RUIZ NAUFAL



Biombos, óleos y planos se cuentan entre los testimonios del gusto con que los novohispanos cultivaron los jardines. En este plano de la Alameda de la ciudad de México, localizado en el Museo Nacional de Historia, se registraron con precisión las calles y glorietas que tenía en el siglo XVIII.

En los jardines de la Nueva España, fincados en conceptos de origen medieval y renacentista, también se incorporaron ideas y prácticas de los antiguos mexicanos, cuyos jardines no sólo servían para recreo y placer de los señores, sino también para coleccionar y estudiar la flora y la fauna.

LAS VOCACIONES DEL JARDÍN

Es menester de los jardines recrear el Paraíso del que los hombres fueron desterrados. El Edén, ese sitio de ascetismo y de delicias, es también refugio de la inocencia y la sabiduría, lugar de encuentros y de amores furtivos, amén de remembranza del mundo clásico en laberintos para el Minotauro. En el jardín se conjugan árboles y flores, estanques, espejos y juegos de agua. Al mismo tiempo, sus ambientes propician el embeleso para quienes anhelan la intimidad y el recogimiento; también satisface los impulsos de coleccionistas y científicos, ya sea porque en ellos se acumulan plantas variadas y exóticas, o porque permiten a los estudiosos aplicarse en su observación.

Los jardines de la Nueva España se fincaron en esos conceptos de origen medieval y renacentista, pero también contaron con el ascendiente árabe, en el que los placeres humanos podían convivir con el ansiado jardín de Alá. Además, a esas influencias se sumaron las ideas y prácticas de los antiguos mexicanos, cuyos jardines servían para recreo y placer de los señores, para practicar la contemplación, y también para coleccionar y estudiar las propiedades de la flora y la fauna existentes en las tierras que dominaban.

CHAPULTEPEC Y SUS JARDINES

Tal era el esplendor de los jardines en el mundo indígena, que muchos de ellos trascendieron a la Conquista. Ése fue el caso del de Tetzcotzinco, planeado y disfrutado por Nezahualcōyotl; del de Oaxtepec, que servía para el cultivo de plantas medicinales y exóticas, al borde de estanques; un palacete que ocupaban los señores de México-Tenochtitlan; y el de Chapultepec, en cuyo bosque deambulaba Moctezuma Xocoyotzin, antes y después de bañarse en las albercas situadas a un lado del cerro y surtidas por manantiales.

Tratando de imitar la grandeza de Moctezuma, don Antonio de Mendoza, primer virrey de la Nueva España, or-

denó construir una alameda en un sitio muy cercano al que ocupara la Casa de las Fieras que poseía el *tlatoani*. Mientras tanto, Hernán Cortés peleaba el dominio sobre Chapultepec, que finalmente fue entregado al Ayuntamiento de la ciudad de México, para que sus manantiales abastecieran de agua y su bosque se convirtiera en sitio de recreo para los habitantes de la capital.

Con el pretexto de proteger las fuentes del vital líquido, el virrey don Luis de Velasco levantó una muralla alrededor del bosque y lo convirtió en coto de caza. Velasco quería imitar a Moctezuma, y por ello decidió construir sobre los cimientos de su derruido palacio, situados en las faldas del cerro del Chapulín, una mansión a la cual retirarse los fines de semana, junto con su séqui-

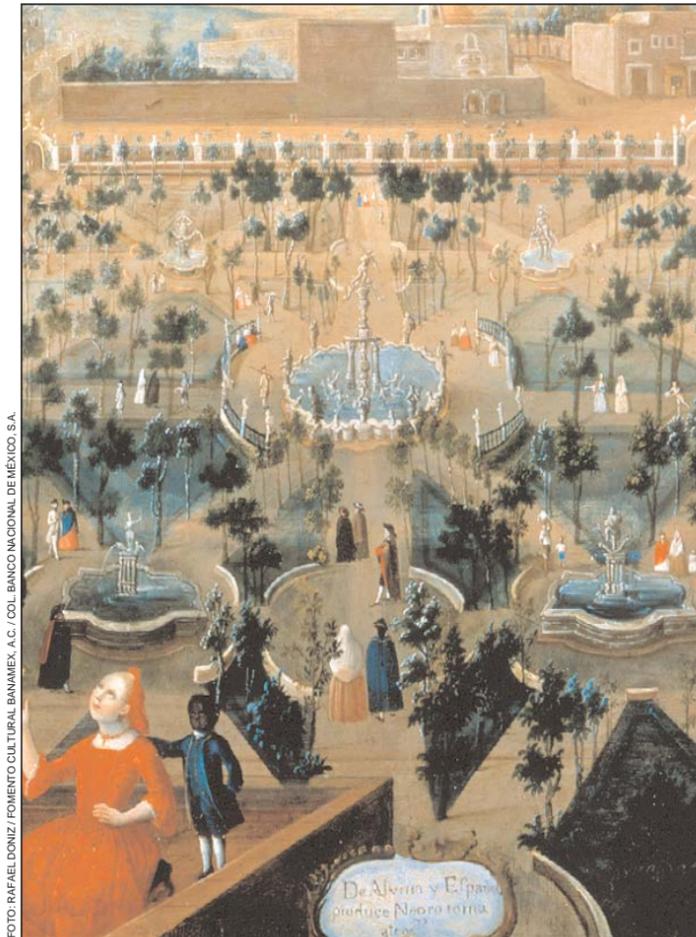
to y los nobles de la ciudad. Después de practicar la

cacería al amanecer, virrey e invitados disfrutaban de corridas de toros, seguidas de apetitosos banquetes. Mientras tanto, en la cima del cerro, una ermita dedicada a San Miguel Arcángel dominaba el paisaje.

Cuando en 1624 don Rodrigo Pacheco y Osorio sustituyó al marqués de Gelves como virrey de la Nueva España, se decidió cambiar el sitio de recepción y recreo de la Villa de Guadalupe a Chapultepec. A partir de entonces, las ceremonias de bienvenida estuvieron marcadas por el lujo y el derroche. Testimonio de estos festejos es el biombo que conmemora la recepción hecha en 1702 al virrey duque de Albuquerque. En primer plano se ve una corrida de toros, mientras que en el costado poniente del palacio, construido por el virrey De Velasco, se observa un jardín con prados y fuentes entre los que transitan varios personajes. Ese

espacio está resguardado por una arquería con columnas de capiteles corintios y su portada se engalana con un caprichoso remate que encuadra un escudo de armas, al parecer de la ciudad de México.

Los saraos que se ofrecían en la casa virreinal de Chapultepec eran ejemplo de elegancia y refinamiento. Buena muestra de ello la da otro biombo, en el que aparece



La Alameda, fundada por Antonio de Mendoza, primer virrey de la Nueva España, en el siglo XVI, fue remodelada en el XVIII con veredas, glorietas, fuentes y bancas, como se ve en esta pintura de castas, de autor anónimo, que muestra a ese jardín como paisaje de fondo.

un grupo de personas de alcurnia servidas por sus criados, al tiempo en que varios músicos amenizan la reunión. Al fondo se aprecia de nuevo el arco de ingreso al jardín, rematado con formas rebuscadas. Fue tanto el derroche y fastuosidad de esas fiestas, que pronto se convirtieron en motivo de escándalo. Por ello, en 1739 la corona española las suspendió y ordenó que los virreyes pasaran directamente de Guadalupe a la ciudad de México, sin hacer la lúdica escala en el bosque de Chapultepec.

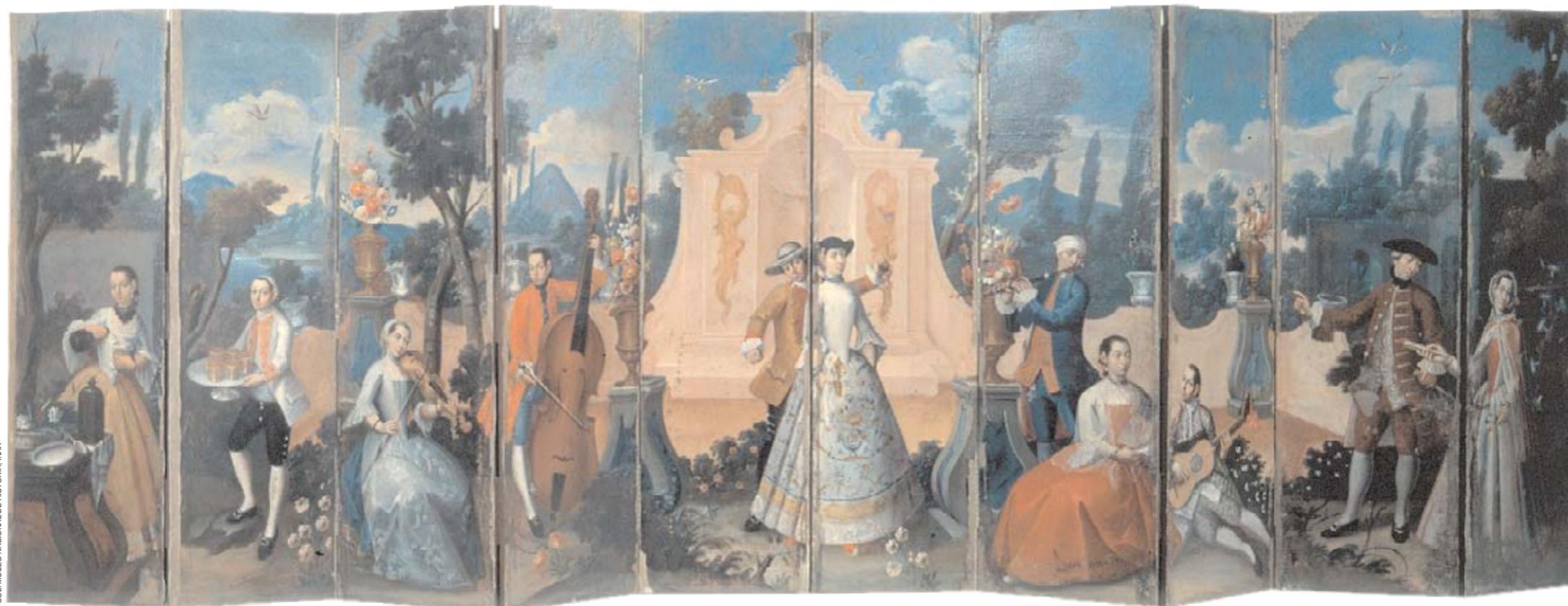
A raíz de este episodio, la residencia virreinal permaneció abandonada hasta 1766, en que el virrey Carlos Francisco de Croix pidió a Carlos III autorización para repararla. Los permisos llegaron en tiempos de Antonio María de Bucareli, un virrey austero y ahorrativo que consideró demasiado caros los trabajos que se requerían para restituir al palacio todo su esplendor. En 1784, la explosión de la fábrica de pólvora, situada muy cerca de la casona, destruyó por completo lo que quedaba de ella. Don Matías de Gálvez, virrey en esos momentos, decidió entonces construir un nuevo edificio, aunque



FOTO: RAFAEL DONIZ / FOMENTO CULTURAL BANAMEX, A.C. / COL. BANCO NACIONAL DE MÉXICO, S.A.

Biombo que conmemora la recepción hecha en 1702 al virrey duque de Albuquerque, en Chapultepec. En primer plano se ve una corrida de toros y, –construido por el virrey De Velasco–, un jardín con prados y fuentes entre los que transitan varios personajes.

En primer plano se ve una corrida de toros y, –construido por el virrey De Velasco–, un jardín con prados y fuentes entre los que transitan varios personajes.



COL. MUSEO NACIONAL DE HISTORIA, INAH

Los saraos que se ofrecían en la casa virreinal de Chapultepec eran ejemplo de elegancia y refinamiento. En este servidos por sus criados, al tiempo en que varios músicos amenizan la reunión. Al fondo se aprecia el arco de

biombo aparece un grupo de personajes de alcurnia ingreso al jardín, rematado con formas rebuscadas.

por consejo de los arquitectos se dispuso que éste fuera levantado en la cumbre del cerro de Chapultepec. El deceso repentino del virrey hizo que su hijo y sucesor, don Bernardo de Gálvez, fuera el encargado de iniciar los trabajos, los cuales estuvieron dirigidos por el arquitecto Miguel Mascaró. De manera misteriosa, el virrey murió en 1786, por lo que nunca vio concluido el palacio. Empero, en un plano de la época, que se conserva en el Archivo de Indias de Sevilla, aparece la planta del edificio junto con un jardín de estilo neoclásico, cuyos prados y arbustos forman la leyenda “Yo Solo D. Bernardo De Gálvez”. Este detalle fue un homenaje que rindió el arquitecto al recién fallecido virrey.

Como sustituto en el gobierno llegó a la Nueva España don Manuel Antonio Flores, quien por órdenes expresas de Carlos IV suspendió la obra y puso el inmueble y su bosque en pública subasta. Nadie estuvo dispuesto a adquirirlos y el Ayuntamiento de la ciudad de México defendió la posesión de la propiedad por encontrarse en ella los manantiales que surtían a la capital. Se propuso entonces transformar el edificio en hospital durante las epidemias y más tarde en archivo general del virreinato. Empero,

el inmueble permaneció abandonado y sometido al saqueo constante.

REFLEJOS DEL ESPLENDOR VIRREINAL

Mientras transcurría la atropellada historia de Chapultepec y su palacio, los jardines y las huertas se transformaban en el orgullo de los conventos. Dentro de esos espacios de meditación y cultivo se construían pequeños oratorios y capillas, cisternas, glorietas con fuentes y bancas, veredas y cámaras de una acústica muy peculiar, ya que permitía escuchar palabras en secreto. Empero, el lujo y la belleza se concentraron en las casas de descanso o “de placer”, que muchos nobles y acaudalados novohispanos construyeron para imitar los gustos de los representantes del rey. Se trataba de inmuebles amplios de un solo piso, con habitaciones de grandes dimensiones, situadas alrededor de extensos patios y corredores. Estaban ubicados en los pueblos aledaños a la ciudad de México, como San Cosme, Tacubaya, Mixcoac, Coyoacán, San Ángel y San Agustín de las Cuevas (Tlalpan). Sus fachadas no eran notables, aunque había excepciones como las de la Casa de los Mascarones –con cariátides sobre columnas estípites, que estaba situada en la vieja calzada de Tlacopan– o la Casa Chata de Tlalpan, adornada con ajaracas y figuras humanas pintadas sobre mayólica.

Dichas residencias contaban con grandes terrenos adyacentes, en los que eran sembrados árboles frutales para



FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES



FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

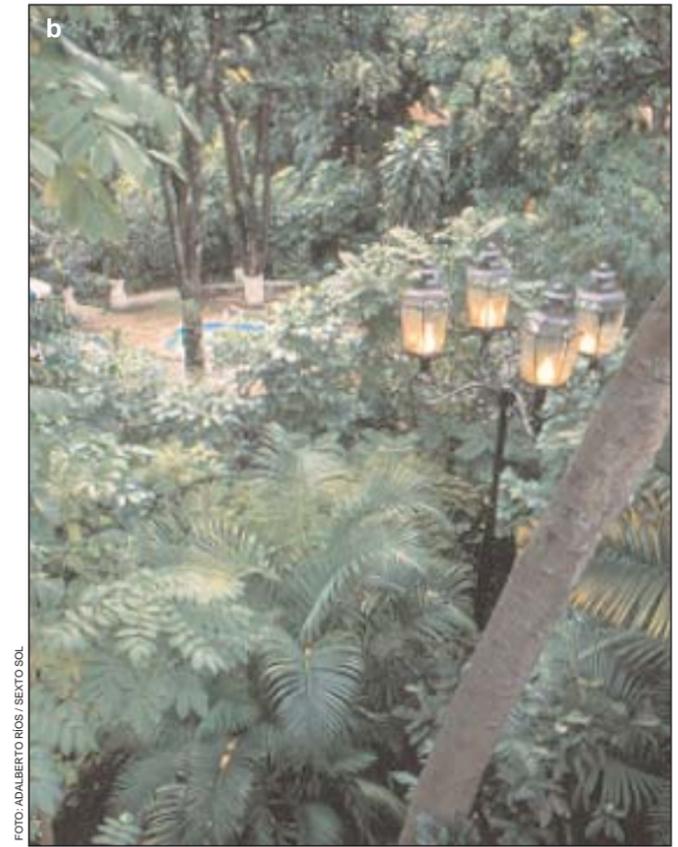


FOTO: ADALBERTO RÍOS / SEXTO SOL

Muchos nobles y acaudalados novohispanos construyeron casas de descanso o “de placer” en los pueblos aledaños a la ciudad de México. Aunque por lo general sus fachadas no eran notables, había algunas adornadas, como la de la Casa Chata de Tlalpan, que tenía ajaracas y figuras humanas pintadas sobre mayólica (izquierda). Otros personajes hicieron jardines botánicos, como el de don Manuel de la Borda, en Cuernavaca, Morelos (derecha).



FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES



FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

Durante el virreinato, jardines y huertas se transformaron en orgullo de los conventos. En esos espacios de meditación y cultivo se construyeron pequeños oratorios y capillas, cisternas, glorietas con fuentes y bancas, veredas y cámaras. a) Convento de Nuestra Señora de los Ángeles (Museo Nacional de las Intervenciones), Churubusco, D.F. b) Convento de San Francisco Xavier, Tepotzotlán, estado de México (Museo Nacional del Virreinato). c) Convento del Carmen, San Ángel, D.F.

crear bosques similares al de Chapultepec. Esos remedos de la naturaleza se engalanaban con la siembra de vides que proporcionaban gratos sombreados, con estanques en los que nadaban patos y cisnes, y con juegos mecánicos como los sube y baja o los volantines. A un lado de estos bosques recreados se trazaban los jardines propiamente dichos. Éstos adoptaban la forma cuadrada u ochavada y estaban rodeados por pequeñas bardas de ladrillo o sillaría de cantera, generalmente con perfiles caprichosos y con pilastras en tramos regulares que eran coronadas con macetas repletas de flores. Al centro había una fuente cantarina, custodiada por bancos de piedra y arriates de mampostería en los que se plantaban naranjos y se colocaban pedestales con esculturas. También se trazaban veredas dispuestas en simetría, creando espacios similares a los que se observan en los dos biombos antes mencionados.

Según don Manuel Romero de Terreros: “eran los jardines, lo que el estrado en los salones. En los días de fiesta, recibían los dueños de la casa a sus visitas; allí violines y bajos, oboes y flautas, tocaban contradanzas y minuetos; allí, por último, se servían licores en esbeltas copas de cristal, hipocrás en tazas de plata, y chocolate en variadas mancerinas”.

Competiendo con estos sitios de descanso y recreo, había jardines botánicos como el que hizo don Manuel de la

Borda en Cuernavaca, destinado a satisfacer sus ansias de coleccionista. Sin embargo, existieron otros jardines botánicos que fueron fundados conforme a lo dispuesto por los monarcas ilustrados de España durante el siglo XVIII. El más famoso de ellos fue el de la ciudad de México, inaugurado por el virrey Manuel Antonio Flores en 1788, bajo la dirección de los científicos Martín Sessé y Vicente Cervantes.

Este jardín tuvo un carácter público, como también la Alameda que fundara el virrey De Mendoza al inaugurar el virreinato, y que en el siglo XVIII fue remodelada con veredas, glorietas, fuentes y bancas, tal como se observa en una pintura de castas que tiene a la Alameda como paisaje de fondo, y en un plano que registra con precisión sus calles y glorietas. Dicho jardín sirvió además de antesala a un paseo recién inaugurado, el de Bucareli, que fue engalanado con árboles, prados repletos de flores y fuentes, para el deleite de los capitalinos. Así pues, queda en claro que los novohispanos cultivaron con gusto los jardines. En la actualidad quedan pocos testimonios de ello, aunque existen biombos, óleos y planos como los antes mencionados, amén de crónicas luminosas, como las de fray Agustín de Betancourt o Joaquín Castro y Santa Anna, que nos narran con detalle la belleza de esas recreaciones del Paraíso. 📖

Victor Manuel Ruiz Naufal. Historiador por la UNAM. Trabaja en la Coor-